

AUTOCRITICA DE LAS «NOCIONES DE ARTE MILITAR»

Por Fernando REDONDO DIAZ
Teniente Coronel de Infantería

LAS INCOGNITAS DE VILLAMARTIN

La vida de un escritor no tiene por qué despertar mayor interés que su obra. De su biografía lo que más necesitamos es lo relacionado con su pensamiento y con sus trabajos literarios. Esto no quiere decir, por supuesto, que todo lo demás resulte inservible, pues, queramos o no, es imposible separar totalmente el hombre del escritor. Pero sí que ocurre a menudo que lo anecdótico oculta lo trascendental, alejándonos por el camino de las vicisitudes del personaje.

El caso de Villamartín es un ejemplo de esta desviación de lo biográfico. Sus pocos biógrafos han insistido en mostrarnos el lado patético de su existencia descuidando la evolución de su trayectoria como pensador. Para un hombre que murió en plena juventud —a los 39 años sin cumplir— resulta sorprendente lo poco que escribió, de atenernos a sus publicaciones conocidas. Siglo y medio después de su nacimiento, Villamartín sigue siendo sólo el autor de las *Nociones del Arte Militar*.

Villamartín publicó sus *Nociones* en 1862. Tendría, pues, 27 o 28 años. Pero no sabemos a ciencia cierta cuándo las escribió ni en qué circunstancias. Luis Vidart —que es por quien sabemos casi todo sobre él (1)— dice que debió escribirlas a su regreso de Cuba, durante el tiempo que estuvo destinado en el Regimiento

(1) Luis Vidart y Schuch escribió varios artículos y trabajos sobre Villamartín. Un compendio se publicó en la reedición de las *Nociones* en 1883.

de Infantería Toledo 35. Alberto Colao, otro de sus biógrafos (2), sugiere, con cierto fundamento, que puede haber comenzado su preparación en aquella isla. Pero ninguno de los dos nos revela nada sobre sus lecturas de juventud ni sobre los autores que pudieron —y debieron— influir en la formación de su pensamiento. No es de extrañar, por consiguiente, el entusiasmo de Vallecillo al leer su libro y la calurosa apología que le tributó desde las páginas de un periódico madrileño (3). Como tampoco el que hubiese quienes, como nos señala Arturo Cotarelo, achacasen el mérito de las *Nociones* a «ciertos apuntes heredados de su buen padre». El que Villamartín guardase celosamente el secreto de estas posibles influencias —evitando sistemáticamente toda referencia bibliográfica y huyendo de las citas y alusiones a otros escritores militares— ha originado toda clase de especulaciones sobre el transfondo de su pensamiento filosófico.

Después de las *Nociones* no publicó Villamartín más que dos folletos —*Napoleón III y la Academia de Ciencias*— Madrid, 1864) y *San Lorenzo de El Escorial* (Madrid, 1866)—, amén de una *Historia de la Orden de San Fernando* (en la *Historia de las Ordenes Militares*, de Dorregaray), también en 1864, y a esto se reduce, sorprendentemente, toda su labor como tratadista militar, tras haberse dado a conocer en sus *Nociones* como un escritor de primera fila. Colao explica esta esterilidad creadora haciendo alusión a su salud quebrantada y a la falta de ánimo para continuar escribiendo. Vidart, por su parte, ni siquiera se plantea la cuestión.

Queda, por otro lado, el Villamartín periodista del que Luis Vidart afirma que publicó gran número de artículos y Colao, repitiéndole, asegura que aparecieron con frecuencia en la prensa de su época. Los dos coinciden en que colaboró asiduamente en *El Correo Militar* y en *La Discusión* y mencionan un periódico que Villamartín fundó y dirigió él mismo con el nombre de *La Fuerza Pública*. De sus artículo en los periódicos citados primeramente nada sabemos en concreto y sobre *La Fuerza Pública* no tenemos más noticias, entre otras pocas, que las que nos proporciona Hartzzenbusch (4). Por él sabemos qué número prospecto apareció el 8 de noviembre de 1870 y el primer ejemplar el 18 del mismo mes,

(2) Alberto COLAO, *Villamartín, un militar filósofo y escritor*, Murcia, 1980.

(3) Vallecillo publicó dos artículos en elogio de las *Nociones* y de su autor, los días 29 y 30 de septiembre de 1864, en el periódico *El espíritu público*. En 1880 aparecieron en forma de folleto con el título *Apología de Villamartín*.

(4) Eugenio HARTZENBUSCH, *Apuntes para un catálogo de periódicos madrileños desde el año 1661 al 1870*, Madrid, 1894.

teniendo una vida muy corta. No deja de asombrar que Vidart, que debió conocerlo, se limite a decir que «se titulaba, si mal no recordamos, *La Fuerza Pública* (5).

La figura de Villamartín fue rescatada del olvido por Vidart en 1876, cuando denunció el triste fin de sus restos —amenazados de desaparición en una fosa común— reeditándose sus *Nociones* en 1883 por la comisión encargada de erigirle un mausoleo. Pocos años más tarde, en 1888, un grupo de escritores militares celebraron una velada literaria en su memoria, acto que tuvo lugar en el *Centro Militar*. En 1908 se colocó un busto del malogrado escritor en la Academia de Infantería y en 1918 se inició el intento de dedicarle un gran homenaje en dicha Academia, que tuvo lugar finalmente en 1925. Simultáneamente, el vizconde de Eza, ex-ministro de la Guerra, patrocinó en 1923 un concurso literario, creándose luego —en 1928— el *Premio Villamartín* dentro del arma de infantería (6).

EL OTRO VILLAMARTIN

El Villamartín que conocemos por Vidart y Colao se reduce, por lo que hemos podido ver, al escritor de los primeros años. Es decir, hasta 1866. Para un hombre de su fogosidad intelectual, dotado de un exaltado temperamento crítico y demasiado joven para dejarse vencer por la resignación, resulta poco menos que asombroso la inactividad que se le atribuye entre dicho año y el de su fallecimiento en 1872.

Afortunadamente, contamos con otra fuente de noticias sobre Villamartín para rellenar estos años ignorados que precedieron a su muerte, gracias a otro escritor de la época, redactor de *El Correo Militar*, y que debió conocer bien a Villamartín durante su período de colaboración en dicho periódico. Cotarelo, que publicó varios artículos sobre Villamartín y escribió el *Epílogo* de la edición de 1883, nos ofrece una nueva imagen de este otro Villamartín

(5) Vidart escribía en 1876 y no se comprende que no recordase el periódico fundado por Villamartín.

(6) Los dos premios de este concurso recayeron en el capitán José de Irureta-Goyena Miranda y el comandante Secundino Serrano Balmaseda —por su trabajo también titulado *Nociones del arte militar*— y en el coronel Juan García Gómez-Caminero —por su libro *De la guerra*—. Ambos fueron publicados en 1925 por el Depósito de la Guerra a expensas del Estado.

El Premio Villamartín se instituyó en 1928 para premiar al «infante modelo». En la categoría de oficial recayó en 1930 en el ya citado comandante Secundino Serrano Balmaseda. En 1935 se otorgó al capitán Fernando Ahumada López.

que nada tiene que ver con el Villamartín melancólico y alejado del mundo que se nos ha querido imponer.

Era Villamartín, según Cotarelo, «noble por carácter, vehementemente por temperamento y digno por educación». «Cabeza volcánica» —dice también—, corazón de oro, quizá desde su más tierna infancia, tuvo que luchar con una serie de sentimientos opuestos entre sí; pero siempre, hasta en la época de sus exageraciones... políticas, conservó incólumes los principios del deber y del honor. En estos tiempos bonancibles para la inconsecuencia, no quiso nunca parecerse a Esaú» (7).

Le sobró talento —añade Cotarelo—, tuvo buena voluntad, quiso mejorar su suerte; faltóle método, careció de genio bullidor, aceptó gustoso el título de iconoclasta antes que rendir culto ferviente a ídolos de barro». E insiste en esta faceta del carácter de Villamartín, recalcando que «no supo nunca adular, ni bullir, y tal pecado le condujo con la mayor naturalidad al insabor continuo en vida, porque aquí donde caen los grandes e inmerecidos premios a la rastrera adulación, suele faltar espacio para la justa recompensa al ingenio peregrino».

De más valor para nosotros, sin embargo, es lo que nos cuenta Cotarelo sobre Villamartín como escritor. «Villamartín —afirma Cotarelo— meditaba poco para escribir y todavía estudiaba menos. Fiado en las condiciones inmensas de su talento, en su brillantez de imágenes y en la energía de su estilo, abordaba de frente los más arduos problemas militares atrayendo, fascinando, convenciendo al lector». Y vuelve a señalar su falta de perseverancia diciéndonos que «no era persistente para el estudio; antes lo contrario, lo abandonaba con más facilidad que lo emprendía».

Es muy posible que se refiriese Cotarelo al Villamartín articulista, y no al tratadista, a la vista de la opinión que le merecía en las lides periodísticas. «Como periodista —nos explica— su facundia era inmensa, pero endeble en la polémica; su alma, llena de bondad, sólo se templaba al fuego de elevados principios; cuando descendía a otros detalles, resultaba también marcado descenso en las condiciones del escritor». «Rara vez le vimos consultar sus citas —comenta Cotarelo— ni rodearse, como lo efectúan otros, de textos antiguos y modernos a fin de obtener con mayor holganza el desarrollo de un tema generacional».

(7) Las citas de COTARELO corresponden, mientras no se indique lo contrario, a sus dos principales artículos sobre Villamartín: *Villamartín*, «Memorial de Infantería», 1888, y *Más sobre Villamartín*, «La Ilustración Nacional», 1888.

Y de su periódico, *La Fuerza Pública*, que tan mal «recordaba» Vidart, nos relata Cotarelo una interesante anécdota en la que se reflejan tanto el carácter de Villamartín como los temas de que se ocupaba en aquella publicación. «Si alguna vez se equivocaba —refiere Cotarelo—, gracias al impulso de su misma pasión generosa, bastaba también indicarle el error para que rectificase con toda sinceridad, y un caso podemos explicar que se expresó de la siguiente manera: He dado verdaderos traspiés; mi crítica anticipada de la campaña del Loira resulta una verdadera herejía técnica; pero..., el ideal le condujo al desconocimiento de lo real». Tratábase, según nos aclara también Cotarelo, de «una serie de artículos que publicó en *La Fuerza Pública*, anunciando de antemano que el ejército victorioso en Metz y acaudillado por el príncipe Federico Carlos quedaría muy pronto vencido al chocar con los improvisados batallones de Auselles de Paladines, artículos que fueron rebatidos en otro periódico profesional por un íntimo amigo del Finado, amigo de cuyo nombre nos place prescindir».

De *La Fuerza Pública* —el periódico fundado por Villamartín en 1870 y del que no se ha podido encontrar ningún ejemplar hasta la fecha— tenemos también otra noticia que puede contribuir a revelarnos su naturaleza y algunos de sus colaboradores asiduos. Serafín Olave, director de las *Academias de Regimiento*, decía de él en noviembre de 1870, al aludir a la prensa militar existente entonces: *La Fuerza Pública*, si bien de índole distinta por haber extendido el círculo de sus estudios más allá de los que comúnmente se consideran propios de la gente de guerra, entrándose por los tormentosos golfos de la política palpitante, es un periódico muy bien escrito, donde campean, en afortunado y no común consorcio, la erudición profunda y el fuego de una imaginación privilegiada, siéndonos muy fácil, a los que a fuerza de leer, adivinamos por el estilo quienes son los autores de algunos escritos, distinguir en las columnas de *La Fuerza Pública*, las frases del sabio comentarista de toda nuestra legislación militar, y las del joven comandante de infantería que ha honrado a la literatura y al ejército español con uno de los mejores tratados de arte militar publicados en Europa durante este siglo» (8).

Este comentario, de Olave, además de orientarnos sobre el carácter no enteramente militar de *La Fuerza Pública*, nos sirve para identificar a Vallecillo —el ilustre comentaristas de las Ordenan-

(8) Serafín Olave, *Literatura militar*, «Academias de Regimiento», noviembre de 1870.

zas de Carlos III— y a Villamartín —el autor de las *Nociones del arte militar*— como los protagonistas de ese curioso emparejamiento de la erudición con la imaginación.

LA CRITICA DE VILLAMARTIN A SUS NOCIONES DE ARTE MILITAR

Este Villamartín tan poco conocido pensaba, entre otras cosas, que las *Nociones* necesitaban una revisión profunda. «Ante los adelantos modernos —nos testimonia Cotarelo— ya son antiguas, según él mismo confesaba, sus *Nociones de arte militar*». Villamartín —confirma Cotarelo en el *Epílogo* de la reedición de 1883— «comprendía perfectamente en los últimos años de su vida que las *Nociones de arte militar* necesitaban una ampliación y una reforma» y «sentía fervientes deseos de rectificar algunas apreciaciones de su obra y de proseguir la parte histórica». El plan de Villamartín para las nuevas *Nociones*, siempre según Cotarelo, consistía sencillamente en «cambiar varios conceptos, muy pocos, en la exposición de doctrina profesional, proseguir la narración crítica de las últimas campañas y hacer deducciones lógicas de estos sucesos militares completando así su primitivo trabajo» (9).

El testimonio de Cotarelo nos desvela en parte el Villamartín atento a los últimos y grandes acontecimientos militares de la época, deseoso por ello de poner al día las ideas volcadas en las *Nociones*. Hay, sin embargo, una cierta contradicción en lo que nos dice Cotarelo —la revisión profunda que nos anuncia por una parte queda reducida luego a una simple variación doctrinal—, lo que nos induce a pensar que quizá Villamartín no había madurado totalmente su proyecto. O bien que no había hecho partícipe a Cotarelo de todos los cambios que pensaba introducir en la obra original.

La atención de Villamartín sobre lo que estaba ocurriendo en Europa queda confirmada por él mismo con el descubrimiento que hemos hecho de un trabajo suyo publicado en las *Academias de Regimiento* en septiembre de 1870, titulado *La invasión germánica*. Se trata de un extenso artículo que formaba parte de una trilogía dedicada al estudio de la Guerra franco-prusiana. Por desgracia sólo conocemos la primera parte y no tenemos confirmación de

(9) Arturo COTARELO, en el *Epílogo* de la edición de 1883.

la aparición de las dos restantes ni en las *Academias* ni en ningún otro periódico militar de aquel tiempo (10).

De todos modos, *La invasión germánica* contiene varias indicaciones de otros trabajos de Villamartín, también ignorados hasta ahora, unos publicados y otros inéditos. En primer lugar destaca la alusión a un folleto publicado en 1864 con el título *Las nuevas armas*. «Hace muchos años —dice Villamartín en las primeras líneas—, antes de las campañas de Schleswig y Holstein, decía el autor de estas líneas al examinar las consecuencias que para la guerra había de traer el perfeccionamiento en los fuegos...» (11).

Hay también esta otra frase, que hace mención de un trabajo inédito de Villamartín sobre la Guerra austro-prusiana: «... los días de Sadowa, en cuya época escribimos y conservamos inéditos un trabajo que se hizo en contestación a unos artículos de *La Epoca* titulados *Un buen final de la exposición de París* y al que pusimos por nombre *La Exposición de Berlín de 1872*» (12).

Mayor interés tiene el párrafo en que Villamartín nos dice: «Quisiéramos extender aquí nuestro discurso hasta hacer un libro; casi le tenemos hecho, pero hay cosas que no se pueden decir en cualquier día del año, y no es 1870 el año en que más abundan los días en que se deben decir esas cosas». No es fácil entender las últimas palabras de Villamartín, que podemos calificar de enigmáticas, ni siquiera por su contexto, como tampoco inferir de ellas que el libro en cuestión fuesen las nuevas *Nociones*.

LA INVASION GERMANICA

La invasión germánica está dividida en siete apartados, cuyo sumario es el siguiente:

I. Síntesis.

II. Desigualdad de los ejércitos. Adelantos. Causas del triunfo prusiano.

(10) La segunda y tercera partes de *La invasión germánica* no vieron la luz en las «Academias de Regimiento». La razón puede estar, presumiblemente, en la crítica que de la primera hizo Olabe en el mismo número de septiembre de 1870.

(11) Este folleto de 1864 es contemporáneo de otros trabajos de Villamartín. Sin embargo, ni Vidart ni Colao hacen mención de él.

(12) Este trabajo de Villamartín nos es desconocido. El mismo reconoce, por otra parte, que no llegó a publicarlo, sin dar más explicaciones.

- III. La moral militar progresa con las nuevas armas.
- IV. Los nuevos inventos son defensivos de orden de cohesión, de equilibrio del débil con el fuerte, esto favorecerá a Francia.
- V. En los inconvenientes militares consiste el progreso del arte.
- VI. Cuestión de Hacienda.
- VII. Las nuevas organizaciones.

La Síntesis comienza con la reproducción de algunas frases del folleto publicado en 1864—*Las nuevas armas*—, señalando los efectos para la táctica del incremento del fuego, tanto en intensidad como en alcance. A continuación pasa ya a Villamartín a tratar de la guerra franco-prusiana.

Parécenos que en estas últimas palabras —dice— se encierra el triste cuadro de la horrible guerra que ensangrienta las fértiles riberas del Rhin, del Mosela, la Mosa y el Neurthe, que ha roto tal vez para siglos el equilibrio europeo, y que es sin duda alguna el prólogo de pavorosas convulsiones sociales en el porvenir del mundo.

Guerra presentida con estremecimiento por todos los pueblos hace ya muchos años, y que desde las más altas concepciones políticas hasta el más mínimo detalle en el cartucho, todo en ella ha sido nuevo, extraño, imponente, aterrador.

Esta guerra, que considera colosal por las cifras abrumadoras de los ejércitos y de las bajas, tiene para Villamartín un significado apocalíptico como podemos comprobar por sus palabras, que repite más veces a lo largo de su trabajo, procurando insistir sobre la necesidad de dedicarle un estudio «serio y grave» porque, como él señala, «toda Europa se verá sacudida, si es que a la hora en que escribimos no lo están ya algunas naciones» (13).

Seguidamente puntualiza las causas de las primeras derrotas francesas, patentizando su simpatía por Francia, aunque no se

(13) Este tono apocalíptico evidencia la inclinación de Villamartín a la exageración que muchas veces se trasluce en sus frases, mezclada también con cierto fatalismo.

lamente del derrumbamiento del Segundo Imperio, y la poca estima que le merece el triunfo prusiano (14).

El apartado segundo lo inicia Villamartín resaltando las grandes innovaciones sufridas por el arte militar.

No ha habido tiempo en que el movimiento de las artes militares, y aun de las ideas fundamentales en guerra haya sido tan violento y vertiginoso como en estos años.

Sin embargo, considera que este fenómeno no es nuevo en la historia del arte de la guerra y que pueden encontrarse precedentes similares en épocas anteriores.

... basta consignar —nos dice— que a una corriente parecida a fines del siglo xv sucedieron las grandes transformaciones sociales y las guerras políticas y religiosas del xvi, y de la misma manera a igual movimiento en 1780 siguieron las grandes revoluciones y las guerras napoleónicas, porque cuando la sociedad está en incubación las primeras ideas que rompen el huevo son las militares.

Lo que sí le parece oportuno combatir es la creencia en una desigualdad futura entre los ejércitos con motivo de los nuevos adelantos, cosa que había lamentado un anónimo escritor en el periódico *La Epoca*, poco después de la batalla de Sadowa.

En el fondo de ese pensamiento —comenta Villamartín—, con tanto esplendor razonado, se oculta una sutileza y casi diríamos un error de historia. Tal unidad nunca ha existido, no puede existir; la guerra es el contraste; dos pueblos chocan porque el uno representa las fuerzas positivas y el otro las negativas del progreso humano, y chocan para producir la resultante de ese progreso, que no está nunca trazada en el sentido exacto de ninguno de los dos, como de ningún partido, de ninguna escuela, sino que es la diagonal que se escapa entre los lados opuestos de todas ellas, dejando equidistantes las pasiones, los intereses y los vicios de las unas y las otras; de aquí la guerra. Pues bien, los ejércitos son el producto de los pueblos,

(14) Opina Villamartín que Francia debió hacer la guerra a Prusia inmediatamente después de Sadowa. El plan de Moltke lo califica de «radicalmente malo» y atribuye su éxito a las vacilaciones francesas. Francia, a su modo de ver, sólo podía hacer una de estas dos cosas: tomar rápidamente la ofensiva o hacer una guerra prolongada, perjudicial para los prusianos.

llevan esas diferencias, esas pasiones y esos intereses y el contraste ha de resaltar en ellos con más fuerza. Que existan iguales nombres, iguales grados, iguales accidentes, si se quiere iguales armas, es la igualdad que existe entre dos libros con las veinte y cuatro letras del alfabeto, el juego de esas letras es distinto, como lo es el juego de esas armas, esos grados y esos accidentes (15).

La Historia, prosigue Villamartín, no nos brinda un solo ejemplo de una igualdad de medios en las guerras. Y, aunque se consiguiese, la variedad, la desigualdad estaría entonces en su utilización y en último caso en la intervención de las fuerzas morales.

Cada país con conocimiento de sus medios se prepara para la gran lucha continental del siglo XIX a cumplir su misión histórica, y todos los modelos, todas las invenciones son igualmente buenas y malas, según las circunstancias de los Estados. Y bien, ¿cuál triunfará? ¿el que tenga mejores armas? Empezamos por asegurar que todas difieren muy poco en el campo de instrucción, nada en el de batalla, y que no será el fusil, ni el cañón, ni el monitor quien triunfe, sino las causas morales, el pueblo que esté detrás de cada ejército, su constitución guerrera, el mejor hombre soldado, no el máquina soldado; la bandera más querida, nunca las banderas que ya se arrastran ante el desdén de las nuevas generaciones. En guerra, como en todo, las causas morales son las primeras (16).

En el tercer apartado destaca Villamartín el progreso moral de la guerra a la par que la aparición de los nuevos armamentos. En su opinión la ética de los antiguos, distinta por razón de su siglo, no admite comparación con la de su tiempo. La crueldad de la que aquéllos hacían gala, disfrazada por una falsa moral, que rechazaba incluso algunos inventos y que les hacía presumir de no apuntar al enemigo, le parece una falacia inadmisibile.

En cuanto a lo de apuntar —señala Villamartín— tampoco defendemos a los antiguos; no apuntaban porque su sistema invasor y ofensivo les hacía preferir el movimiento y el arma blanca al fuego, para el que estaban poco educados, porque es

(15) Ataca así a un escritor desconocido, posiblemente militar, que podría ser identificado acudiendo a la prensa de la época.

(16) En este párrafo vuelve a presagiar una gran lucha continental. Sería de gran interés comprobar si esta idea la compartían otros escritores militares de su tiempo o era sólo producto de su apasionamiento.

propio de sociedades constituidas; pero no sabemos que llevarsen su moralidad hasta el punto de cerrar los ojos cuando daban con el espadón o el hacha; al contrario, se llamaban a gritos unos a otros, y que rompían la formación para elegir su víctima, y eso es lo que está prohibido por la moral cristiana, no el apuntar al bulto de un hombre, ni herir con la bayoneta al que fatalmente está en su camino, sino precisar, proponerse la víctima por capricho o por odio o por vanidad sin un motivo táctico, necesario para el éxito y la defensa honrada (17).

El apartado cuarto sirve para que Villamartín argumente en favor de los nuevos inventos. Cree que favorecen al débil en contra del fuerte, el atacado con respecto al agresor.

... es la debilidad —afirma— equilibrada con la fuerza; es la frontera, la costa y el hogar patrio inviolado; es el *atrás* a los conquistadores.

Piensa que las nuevas armas tienden a ahorrar hombres y esto lo celebra como otra ventaja en favor de los pueblos más indefensos.

... y eso —es decir, la economía de hombres— conviene a los pueblos débiles, y a las fuerzas populares y no a los gobiernos de persona.

Su entusiasmo por esta idea le conduce, sorprendentemente, a un extravío en su concepción del empleo de las nuevas armas.

Venga, pues —añade Villamartín—, el cañón ligero que sea manejado, si es posible por un niño, y venga el túnel que arroje mundos de acero y necesite una locomotora para su arrastre; el uno es la defensa de las naciones pobres; aquél guarda nuestros campos, éste aplasta ante nuestros muros al extranjero que quiere forzar las puertas de la ciudad donde hemos nacido (18).

(17) Esta justificación de las víctimas de la guerra por el «motivo táctico» coincide con su idea, ya expresada en las *Nociones*, de que en la guerra «no se debe hacer más daño que el preciso para conseguir el resultado» y pertenece, por tanto, a lo más elevado de su ética militar.

(18) Comete aquí Villamartín un error de apreciación incomprensible, sólo justificado por su carácter apasionado. Los nuevos inventos habrían de favorecer no a los débiles sino a los fuertes, a los capaces de producir más y mejores armas.

En cuanto al peligro de que los nuevos inventos produzcan otras contiendas, alejando las perspectivas de paz en el mundo, lo incluye en el marco general del progreso humano, que considera inevitable.

Se cree por algunos —reflexiona Villamartín— que las perfecciones mecánicas no traerán la paz, que si ésta triunfa algún día será por las perfecciones morales; estamos de acuerdo; nunca nos ha ilusionado la esperanza de que los terribles inventos obliguen a retroceder al hombre; pero no es posible negar el progreso en un sentido y fomentarlo en otro; porque la ciencia es una, infinita, eterna, como que es luz divina, y cuando algunas ramas de ese árbol sube al cielo todas las demás también se elevan.

El adelanto de la humanidad a través del avance de la ciencia lleva consigo, igualmente, el perfeccionamiento de las armas. Villamartín no cree en un futuro pacífico y feliz sólo con la detención del progreso militar. El dolor y el sufrimiento pertenecen a la vida misma.

Dando la voz de alto al progreso militar no se conseguirá la paz del mundo; el mundo marcha, ¿quién se atreve a trazarle un sendero de rosas? Marcha sobre espinas porque va al supremo bien, y cuando llegue, entonces, sin congresos ni fusiles, quedará tranquilo si es que sus días no están contados, si es que el límite de las perfecciones no es también el límite de la vida, el cumplimiento de la ley misteriosa a que la humanidad obedece.

Antes se decía: ¡ay de los vencidos! Ahora, después de tantos inventos, bien podemos exclamar: ¡hay de los fuertes!, ¡ay de los tiranos! (19).

Las dificultades para la conducción de la guerra con motivo de estos inventos es el tema del apartado quinto. Para Villamartín se reducen a dos; los cambios en la táctica y las mayores complicaciones en el ejercicio del mando.

Es más complicado el mando —reconoce—, sin duda alguna, pero también cuenta más especialidades a sus órdenes,

(19) Tiene razón al considerar que el avance tecnológico es uno y no puede cohartarse el aplicado a la guerra sin estorbar el progreso general. Lo que llama la atención es su desesperanza sobre una paz duradera.

hay más división de trabajos, es más extensa la línea de combate; pero ya no hace falta que el general la abarque toda con la vista y pronto perfeccionaremos el telégrafo de batalla.

Las variaciones en la táctica, por otra parte, no son una novedad, sino algo consustancial con la naturaleza de la guerra.

Que la táctica varía, ¿y cuándo no? No se cuenta una sola campaña en la historia del arte que no haya importado un progreso (20).

La unificación de las tres armas, el imperio de la guerrilla o línea de tiradores, el empleo de la media columna, la armonía de las nuevas maniobras y voces de mando, la ruptura con la esclavitud del orden orgánico, todo ello le parece beneficioso y un regreso a lo mejor de las ideas tácticas del siglo XVIII.

Con esta táctica —exclama regocijado Villamartín— han triunfado por fin los principios de Guibert (21).

La caída del Segundo Imperio no le suscita pena alguna. Por el contrario, la acoge con satisfacción y como el preludio del resurgimiento de Francia.

Se habla también de que las muertes fulminantes de las naciones, tampoco nos asustan; no pasa con ellas como con los individuos; en éstos es espanto de la familia y los amigos, es el hundimiento respectivo de todos sus intereses; en los pueblos, preferimos la muerte repentina a esas lentas agonías de imperios caducos, putrefactos en vida, y que contagian su mal por todas las fronteras, y se eternizan en convulsiones y guerras insensatas. Los Estados destinados a perecer, que perezcan pronto; porque como las sociedades no perecen, la resurrec-

(20) Ambas afirmaciones son acertadas y se corresponden con la creencia de Villamartín en el avance constante del arte militar.

(21) Los principios de Guibert, pese a la opinión de Villamartín, tuvieron su máxima aplicación en el Reglamento de la Infantería Francesa de 1791, ya depurados y fundidos con los de la escuela de Folard. Su táctica no se aceptó en toda su pureza ni se utilizó de esta manera en las guerras de la Revolución Francesa, por cuanto mucho menos en las de 1866 y 1870. Estas últimas campañas, por el contrario, obligaron a abandonar definitivamente lo que quedaba del siglo XVIII en los reglamentos de toda Europa. España, que había rebasado ya lo principal de la táctica de 1791 con sus reglamentos de 1850 —del General Ríbero— y de 1863 —del Marqués del Duero—, se apresuró a revisar su doctrina con una comisión que se nombró en 1877.

ción en nueva forma es más eficaz y vigorosa, y eso es lo que sucederá en Francia (22).

En el tratado sexto se adentra Villamartín en el mundo de la economía, tema inédito en él y que no había tratado en las *No- ciones*.

Descendamos a la miserable aritmética, cocinera de la casa que no ve nunca sino el suma y sigue al final de cada cuenta. Confesamos que éste es el flanco débil de las doctrinas guerreras, del que se ha sacado un admirable partido, y en el que tenemos desventaja para luchar, porque el vulgo no ve más sino los reales que saca del bolsillo, y no aprecia lo que muchas veces en moral y en política valen esos reales.

La guerra, según él, no es desfavorable para el bienestar de las naciones, si es prudente, enérgica y justa.

La guerra prudente —es la máxima de Villamartín—, enérgica y justa es favorable a la población y a la riqueza.

Decimos prudente, enérgica y justa, porque al hablar de guerra y considerarla como progreso, podía sospechar alguno que hablamos de esa guerra mahometana y salvaje, hija de la pasión y el fanatismo, o de esas guerras de familia para afirmar dinastías. Esa no es la guerra nuestra, europea, civilizada ni tampoco esas invasiones de raza, como la que hoy presenciarnos.

Los gastos guerreros no son improductivos. Lo son más, para Villamartín, otros gastos en que incurren los gobiernos por su mala administración.

Los tesoros que devora el monstruo guerra y el cocodrilo paz armada se exageran mucho —dice Villamartín—, porque nunca se restan de la suma ni los beneficios morales, ni los cambios y grandeza de las nuevas fortunas; si fuéramos a creer en la aritmética de los pacificadores, Francia después de 1815 sería un país de mendigos. No hay nada más reproductivo que lo que se gasta en la fuerza bien constituida; las

(22) El desprecio de Villamartín por los imperios que tacha de caducos, va dirigido expresamente a la Francia de Napoleón III. Pero no es nuevo en él. En las *Nociones* emplea expresiones parecidas para juzgar otros Estados de características similares.

naciones más ricas son las honradamente militares porque la guerra justa y política aumenta las corrientes de riqueza, y los gobiernos que escatiman estos ochavos tienen vicios de administración que importan más que cien ejércitos y que son, no improductivos, sino anulativos (permítase el neologismo) de todas las fuerzas sociales.

La política económica de los gobiernos no le merece elogios y la crítica con dureza. La pobreza de las naciones proviene de la escasez de sus ingresos y en el mal uso de éstos.

La pobreza de los gobiernos no consiste en gastar mucho, sino en cobrar poco y administrarlo mal; y cobrar poco porque limitan y acoplan a sus tradiciones y gustos los esfuerzos individuales...

... y administran mal porque quieren administrarlo todo, fabricarlo todo, intervenir en todo, enseñarlo todo, y el individuo cruzado de brazos lo espera todo del gobierno.

La pasión intervencionista del Estado coharta la libertad del hombre e impide la creación espontánea de nuevas riquezas.

Hay en el hombre algo más que necesidades físicas —argumenta Villamartín—; dejadle amplia libertad de ir y venir, comprar y vender, y vendrán armas, inventos, buques, libros, piezas de paño, productos agrícolas, muestras de la actividad humana que darán pan al hombre sin que se arruinen los Estados.

Rechaza la concepción materialista de la historia:

Por más que una escuela reciente quiera subordinarlo todo a consideraciones económicas, es un hecho no desmentido que la riqueza de las naciones estriba en la fuerza, en la sabia gobernación interior y en el sostenimiento de la influencia exterior a toda costa (23).

Los males de la España de su tiempo responden a este criterio. el descuido de la fuerza armada y el abandono de toda acción exterior son, a su juicio, las causas principales de su postración y de sus problemas internos.

(23) Aunque su tratamiento de los asuntos económicos es muy personal y no se ajusta a la pura teoría económica, no deja de tener interés conocer su pensamiento en un terreno que es nuevo en él.

España —explica Villamartín—, ahogando el sentimiento belicoso de sus hijos, no abriendo válvulas de salida a ese vapor guerrero, ve que se le escapa por las junturas de la máquina, y gasta en los pronunciamientos y revueltas efecto de ese escape, mucho más que lo que gastaría con un ejército formidable en las justas campañas que ha debido emprender desde 1840, y que hubieran levantado su riqueza y su moral por el aumento de influencia y de relaciones.

Debilidad en el exterior y pobreza en el interior son el triste causal de España que Villamartín, más exaltado, confía en que sea desterrado por una futura generación salvadora.

Nosotros hemos dejado guerras sin pagar, ¡ay del día que se acumule el capital y los intereses de esas guerras!, ese peñasco inglés elevado como un harpón en las entrañas de la patria, y esa tolerancia con Marruecos y esa pacientísima longanimidad con América, y ese miedo a moverse en Europa por no gastar dinero, nos traerán peores consecuencias que las que ya sufrimos. Cuando a un país se le inspira el sentimiento de su debilidad y su pobreza, cuando corre entre los ciudadanos como buena moneda la frase ¡cosas de este país!, el país está perdido hasta la venida de una generación desesperada que luche a muerte por sí misma (24).

El apartado final, el séptimo, lo dedica Villamartín a los que llama «las nuevas organizaciones».

Fuerzas desconocidas de reserva —señala, refiriéndose a la guerra franco-prusiana—, y nuevas máquinas toman su puesto en estas campañas; ya no se trata de la guerra en sí misma, en sus herramientas, en sus obreros, sino de los talleres en conjunto, de su distribución, de sus materias primas, en una palabra, del pueblo que ha de producir esas tropas, de las leyes y del sistema que debe seguir ese pueblo (25).

El sistema prusiano, admirado en Europa por sus últimas victorias, no le parece adecuado para España.

(24) He aquí una interpretación original de la España del siglo XIX. Una política exterior agresiva como fórmula para mitigar las tensiones internas puede ser útil de momento, pero la guerra de Africa de 1859-60 no fue una solución para los problemas de España, como demostraron los acontecimientos posteriores.

(25) Es a renglón seguido de este párrafo que Villamartín introduce su enigmática prevención sobre lo que se puede decir en 1870.

La imitación prusiana —afirma Villamartín con energía— es peligrosa, cara, y lo que es peor, inútil para las naciones occidentales (26).

Se inclina mejor por el armamento del pueblo o, dicho de otra manera, por su preparación para la guerra. De momento no da más detalles aunque sí recomienda prudencia en la aplicación de este sistema.

La fuerza nuestra no está en esas reservas hechas en el papel —añade a continuación—, sino en la educación belicosa de la raza, encarnada y legislada con el armamento nacional prudente, y el tiro, intervenido al principio, más tarde libre, popular como una fiesta.

El ciudadano y el soldado son el mismo hombre. ¿Cómo inculcar el pacifismo en el primero y excitar el espíritu guerrero en el segundo? Esta es la contradicción que Villamartín encuentra en el sistema de reemplazo al uso.

Decirle al ciudadano: ¡cuidado con las armas! para llamarle luego a las filas y convertir en leones de un día a los corderos de siempre, no nos parece lógico ni útil para la defensa. Conviene ya de una vez para siempre salir de ese círculo en que nos encierra la pasión y el empuje de los sistemas; porque si no, ese armamento y ese tiro vendrán de pronto, mal dirigido, con forma política, con paradas, formaciones, fornituras charoladas y el *atrás paisano* de los honrados tenderos de Madrid puestos de centinela en la Puerta del Sol para encanto de sus muchachos. Ni esto es fuerza, ni puede serlo tampoco la rebusca de los sentimientos belicosos para extirparlos en el paisano, y exigirlos en el soldado, que es por accidente soldado y se marcha a su casa a los tres años.

Luego aclara su idea de armar al pueblo. Lo que pretende —y esto parece ya más razonable— es que el ciudadano-soldado llegue al Ejército con una preparación militar previa.

Procurad que llegue un día que al llamar al soldado sepa montar un caballo, blandir una lanza, disparar una carabina, rebajadle por eso tiempo de servicio, rebajadle más si sabe leer y escribir y más si sabe un oficio, y al relevo de una generación hallaréis una juventud fuerte y honrada, útil en paz y en guerra, con soldados de un año mejor que los antiguos

(26) Villamartín no quiere extenderse sobre el tema, como ya ha advertido, y no presenta los argumentos en que se funda para condenar el sistema prusiano.

de diez o doce; la cuestión magna, la de la quinta forzosa, podrá resolverse, y el pueblo no estará dividido como hoy, en dos clases, la de los revoltosos que se arman subrepticamente y se echan a la calle, y la de los pacíficos, que según la célebre frase de no sé qué estadista, atrancan su puerta y se asoman a la ventana a ver pasar las instituciones, como parte de la Francia imperial lo ha hecho.

Y finaliza con una síntesis de sus ideas sobre esta cuestión, insistiendo en la necesidad de recurrir al armamento y al tiro nacional.

No debemos ser más explícitos; concluimos reconociendo que las reservas a la prusiana son inaplicables en nosotros; pero que hemos de buscar las nuestras en la educación militar, bien conducida por medio del armamento y tiro, inaugurado pronto, y con prudencia en su desarrollo. Esto es por lo menos lo más barato (27).

CONCLUSION

Así discurría Villamartín en 1870. La *Invasión germánica*, aunque incompleta, nos abre un nuevo camino para el conocimiento total de su pensamiento. Su estilo es a veces distinto del de las *Nociones*, su lenguaje más directo y sus ideas, menos encubiertas por la retórica, son en cambio más concretas. También son más extremadas, para sorpresa de unos y escándalo de otros. Pueden ser discutidas, rechazadas incluso a la vista de los acontecimientos posteriores. Su simpatía por la Francia revolucionaria y su aversión hacia lo prusiano nublan su juicio no pocas veces. La mayoría de sus profecías no se cumplieron y la «invasión germánica» no tuvo lugar en su tiempo ni acarreó los cataclismos que su fantasía preveía. El progreso tecnológico no sirvió para favorecer a las naciones débiles, sino todo lo contrario. El sistema prusiano se impuso en Europa y demostró ser el más eficaz, y también el más justo, extendiendo el servicio militar obligatorio a todos los ciudadanos. Su ¡ay de los fuertes! volvió a ser el ¡ay de los vencidos! cuando también los fuertes sucumbieron ante unos vencedores más poderosos.

(27) Serafín Olabe, como ya hemos dicho, no se recató de criticar a Villamartín achacándole una contradicción de fondo. Según Olabe proponía justamente lo que condenaba —el sistema prusiano—, atribuyéndolo a su antiprusianismo y al «bello ideal militar» de Villamartín, extraído de los ejércitos del pasado. Terminaba invitándole a una polémica sobre el tema, entre elogiosa y desafiante, que no tuvo lugar.

Pero son sus ideas. Y algunas siguen siendo aprovechables, sobre todo cuando no le ciega el partidismo. Las aplicaciones técnicas continuaron inexorablemente hasta donde él no pudo imaginar. Las últimas guerras han corroborado tristemente la exigencia de limitar el daño producido en ellas sopena de producir holocaustos de millones de personas inocentes. La táctica ha proseguido su avance y la complejidad del mando ha superado sus previsiones. Y, en fin, la guerra ha seguido siendo la inevitable compañera del progreso humano, con sus miserias y con sus glorias.

Sus últimos años debieron ser difíciles. El alejamiento del servicio activo supondría un duro golpe para su vocación. Las dificultades económicas, las desdichas domésticas y el agravamiento de la enfermedad que le consumía servirían también para amargar el final de su existencia. Pero nada de esto disminuyó sus ansias de escribir y de hacer proyectos. Ni le impidió evolucionar en su pensamiento hasta alcanzar la madurez plena. Atento a lo que ocurría en Europa y preocupado por lo que podría suceder en España, Villamartín debió vivir esta última etapa de su vida intensamente, recluido en su mundo ideal.

Este Villamartín casi desconocido de *La invasión germánica* puede ayudarnos a entender plenamente al Villamartín de las *Nocciones del arte militar*. El uno sin el otro están incompletos. Y esta es la tarea que se nos impone para el futuro. Porque, queramos o no, y como dijimos ya una vez, Villamartín es el escritor que mayor dominio intelectual ha ejercido en el pensamiento militar español de los últimos cien años.

* * *